

Marcas y Restos: nuevas inscripciones.

Para el historiador David Joselit, la gran aportación de Marcel Duchamp al desarrollo del arte en el siglo veinte trasciende la osadía de insertar un objeto industrial dentro un contexto artístico como una crítica al mercado del arte. El objeto – que sustituye con su propia materialidad a la imagen creada como una representación sobre un canvas – es para Duchamp mucho más que una cosa colocada sobre un pedestal o un soporte. El objeto provoca un *rendevouz*, un encuentro fugaz con el sujeto que le observa y que transforma su definición a partir de una re-evaluación de la inscripción inicial.

En ese sentido, según David Joselit, el *readymade* se inserta en una dinámica lingüística y establece un relevo bilateral de identificación entre los significantes arbitrarios del lenguaje y sus contrapartes en la pintura. El *readymade* lleva los significantes a un estado primario, despoja los objetos de su significación cultural y permite la posibilidad de una nueva inscripción desde el reconocimiento de su materialidad pura.

Desde hace más de 10 años, el artista Fernando Paes, actual director del Departamento de Bellas Artes del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico, ha estado inmerso en un ejercicio de observación e investigación práctica. Su intención constante ha sido la de reconocer como un material de valor los restos de pigmentos, aceites, acuarelas, acrílicos y solventes que quedan impregnados en el salón de pintura BA 217, como el resultado de la actividad diaria

de cientos de aprendices. Paes reconoce y estudia estos rastros de color, las texturas de sus materialidades nutridas con el sucio y el polvo, con la intención de otorgarles nueva vida, una nueva inscripción.

En su ejercicio práctico, como una investigación en sí misma, el artista impacta con adherentes o ácidos el piso del salón para desprender las capas de pintura que – al ser removidas – revelan nuevas capas de color no vistas o no recordadas. Estos restos se adhieren al canvas de manera intencionada, pero como un ejercicio que depende en gran medida del azar. Paes pinta desde la observación, la selección y la recuperación de la memoria para abonar así a la re-evaluación del medio de la pintura como un concepto en sí mismo.

Desde su ejercicio de impregnar el canvas con los restos de otros procesos, Paes reafirma el cuestionamiento de la originalidad o del aura en el arte, al tiempo que provoca además un juego lingüístico. La pintura como obra es reducida en su definición a una re-evaluación de su significado, a una nueva inscripción, desde un re-encuentro del espectador con el color como una materialidad que conforma la obra, habiendo sido este entramado de colores previamente reducidos a sobrante o a basura como el producto y resultado del impacto de la actividad colectiva.

Para el artista, la arquitectura y el espacio del taller hacen las veces de un contenedor de huellas, de testimonios y memorias donde el paso del tiempo y el azar provocan composiciones caóticas como una escritura pictórica que puede ser, en sí misma, un lugar común. Un palimpsesto en potencia, en espera de ser re-escrito. Según el artista: “El azar actúa en dos momentos: el primero

corresponde a las marcas dejadas que van formando archivos aleatorios de registros de las actividades. El segundo corresponde al método de trabajo que aplico en esta investigación. El resultado es siempre una sorpresa. Nunca puedo anticipar las diversas reacciones químicas, la entrada del aire, la adherencia al piso y la acumulación de polvo. El no tener control sobre los resultados, deja unos espacios vacíos que pueden ser ocupados por fuerzas de lo invisible superando a cualquier intento de representación controlada.” Según expresa Paes, es el azar lo que dota a su práctica la cualidad de lo irrepetible, de lo incuestionable o de lo siempre sorprendente.

Para esta exhibición, titulada *Marcas y Restos*, el estudio del color es protagonista. La búsqueda de restos de pintura y patrones armónicos que casualmente habitan un lugar común es seleccionada por el artista deliberadamente. Una vez en el espacio, Paes impacta el piso con materiales adherentes y colores base que permiten - luego de muchas capas - composiciones no sólo extrañamente bellas, sino que contienen entre sus marcos intensas cantidades de memoria. Así, cada composición, cada obra, cada pintura propuesta en sala, resulta en un encuentro en el tiempo, con los cientos de estudiantes que dejaron sus restos en el salón BA-217 y el sujeto que les observa. Es así entonces, como lo que se muestra en sala trasciende la definición tradicional de la tarea de quien pinta. El artista exhibe en esta muestra nuevas inscripciones, nuevas posibilidades para estos restos que regresan a ser color, gracias al reconocimiento de su materialidad pura.

Así, más allá de un reconocimiento poético al proceso social del aprendizaje, el gesto de remover estos restos comunes y proponerlos desde su adhesión a un canvas como una nueva inscripción, provoca a partir de la experiencia conceptual y estética la dignificación del proceso mismo de hacer arte, como un acto de redefinición de la obra desde el cuestionamiento.

Raquel Torres-Arzola, abril 2017